

meración urbana en particular, pero *no de toda* aglomeración urbana de gran envergadura.

La aglomeración urbana, de este modo, no es susceptible de una aprehensión inmediata, al través de una visión de conjunto capaz de unificar o que fuera capaz de unificar suficientemente las características de todas las grandes aglomeraciones urbanas contemporáneas a fin de hacer de un objeto inmediatamente único, el objeto de una sola rama de la Sociología, a fin de volver a plantear, casi término a término, el problema que ya habíamos planteado y al cual respondimos por la negativa.

Hay un cierto número de consideraciones que nos es imposible desarrollar, pero que es preciso que mencionemos. Habría otras que serían necesarias, pero nos reduciremos a los dos extremos de la cadena. *Primera consideración:* la sociología de las grandes *aglomeraciones urbanas no podrá separarse de la sociología agraria y rural*, al menos por el momento, pues las grandes aglomeraciones urbanas están hechas —en los países nuevos menos aún que en otras partes— por los hombres nacidos en tales aglomeraciones. La proporción de los parisienses nacidos en París representa un tanto por ciento casi insignificante con respecto al total de quienes viven ahí, y la proporción de quienes mueren en París, un tanto por ciento que en nada es superior con respecto al número de quienes, en el tiempo de una generación, han habitado ahí; es casi un título de nobleza ser “parisiense de París”. La mayoría de los hombres de las grandes aglomeraciones provienen del campo, llevan hábitos campesinos a ellas, ven difumarse en ellas sus hábitos durante su estancia en la gran aglomeración, y adquieren otros sin que los anteriores hayan llegado a desaparecer totalmente. Hábitos y, por lo tanto, maneras de vivir que no estarían sino adaptados al nuevo medio. La mayoría de las actividades que pueden señalarse en la gran aglomeración urbana no le son peculiares; en caso de no poderse señalar su existencia en un medio específicamente agrario, existen en aglomeraciones de forma mixta o intermedia —a las que ni la sociología ni el lenguaje corriente, ni ninguna ciencia han llegado a dar un nombre por falta de conceptualización— y las cuales son transportadas, apenas adaptadas, a la gran aglomeración urbana. Las maneras de vivir no son, a pesar de las apariencias, modos de vivir específicos de la gran aglomeración y, cuando aparecen en ella, no es sino bajo formas efímeras: los grupos sociales de la gran aglomeración y los re-agrupamientos pasajeros tienen sus semejantes fuera de la gran aglomeración urbana. *Campos y grandes aglomeraciones urbanas no son sino medios*, los dos extremos, pero únicos, de los cuales puede hablar el estudioso a falta de un medio intermediario o quizás de dos, que la Sociología todavía no llega a designar por no haberlos conceptualizado o definido aún; se trataría

especialmente de la “pequeña ciudad” —expresión empírica, provisional, insatisfactoria, a la que un día se necesitará dar nombre y límites y que hará que aparezca, por las dificultades de su clasificación en medio rural o en medio urbano, la vinculación íntima de los dos eslabones extremos—. Por no ser los mencionados sino medios, y no realidades sociales autónomas, los campos y las grandes aglomeraciones urbanas no podrían dar nacimiento a una disciplina especial: el aire, el agua, la tierra, no han producido físicas autónomas, y si bien la refracción que hace que aparezca roto el bastón en el agua requiere de una adaptación de la visión, no por ello llega a escindir en dos las leyes de la óptica, y el bastón sigue siendo bastón en el aire y en el agua. Un bulbo que hagamos que se desarrolle en la tierra y en el agua no producirá menos raíces ni menos flores, sino, estrictamente, las mismas raíces y las mismas flores. O la sociología urbana permanece estrictamente dentro de la Sociología o será preciso que se elabore no ya una rama de la Sociología destinada al estudio del medio rural, sino una Sociología de la aldea con sus reglas específicas, y la Sociología, al perder su asiento en el medio originario del género humano, perderá asimismo su derecho a la existencia, derecho que habría de perder también en el caso de que se instaurase una Ciencia autónoma de la ciudad. Y no es por efecto de un azar por lo que que a un Congreso Nacional de Sociología (de México) consagrado a la Sociología agraria sucede otro Congreso Nacional (Mexicano) de Sociología consagrado, a su vez, a la Sociología urbana, y le sucede en forma inmediata: *después del medio más pequeño y también más simple, se presenta ante nuestras investigaciones el mayor medio posible para un mismo conjunto de actividades humanas, medio que es, asimismo, el más complejo*. Los Congresos precedentes fueron “Congresos de actividades” ya fuera que se tratase del Congreso consagrado a la Educación o del consagrado a la Delincuencia o del consagrado a la Sociología de la Economía; *los dos últimos, el Sexto y el Séptimo, son “Congresos de medios”* que permitirán volver a colocar, volver a situar exactamente las “actividades” ya estudiadas y las actividades que, esperamos, habrán de estudiarse seguidamente.

Y esto nos lleva a nuestra *segunda consideración:* que *con la gran aglomeración urbana*, término último de la sociología urbana, al mismo tiempo que segundo y último medio de la Sociología, *nos encontramos en la cúspide de la extensión de un conjunto de actividades humanas*. Las aglomeraciones urbanas podrán hacerse más extensas aún, podrán poblarse más sin que por ello cambien de categoría, podrán hacerse más grandes y poblarse más que las mayores y más pobladas de las aglomeraciones actuales sin que por ello dejen de pertenecer a la misma categoría, pues no se cuenta entre las singularidades de menor rango de la sociología urbana la que consiste en hacer que aparezca